

## LA SANTA CRUZ

### ■ Anastacio Carrillo Guajardo “Tacho Carrillo” \*

Las gentes del sur de nuestro estado tienen mucho apego a las tradiciones y entre ellas, está la de contarse historias sobre acontecimientos pasados y, si la historia no existe, dejan correr la fantasía y recrean situaciones en derredor de cualquier cosa extraordinaria: tal es el caso de la Santa Cruz de San Rafael de los Martínez.

Esta comunidad, junto con Dolores, forman una sola, aunque increíble, tienen diversa forma de actuar en cada una, pues, a pesar de que no las divide más que una calle, las formas de ver las cosas son muy diferentes para cada uno de los habitantes de este poblado. A la altura que divide a estos dos ejidos nació un mezquite, un mezquite sobre el cual se teje la leyenda: se cuenta que cuando el árbol era pequeño, una pareja de niños por allí pasaba y que al darse cuenta de la forma que tenía, guardaron como un secreto muy suyo: que dos de las ramas del mezquite nacieron a la misma altura, formando una cruz con su tronco. Pasó el tiempo y ellos crecieron y el árbol también y bajo su sombra, la pareja se juró amor para siempre.

Él, muy trabajador cuidaba su milpa y unas cabras ajenas. Con el tiempo, el dueño de las cabras le dio “medias”, o sea compartió con él las crías que nacieron bajo su cuidado. Llegó al grado de tener su propio ganado y pensó en casar a la joven, motivo de sus amores y de su dedicación, por la cual hacía poca vida social, ya que no asistía al billar, no tenía ningún tipo de vicios, ¡era un modelo de hombre! Volvieron al mezquite y ahí se comprometieron, pronto se casaron y con los ahorros de la milpa y el ganado, pensaron en poner un tendajito.

Con los cuidados de la mujer, el negocio prosperó y fueron felices con el nacimiento de un hijo que fue recibido con regocijo. Aquel hombre que no sabía de diversiones, tuvo la tentación de ir al billar a donde iban todos sus amigos. La otra tentación fue probar el primer trago, ya que los amigos le insistieron. Con el primer trago y la primera parranda, llegaron las primeras puyas de los vecinos y amigos: “Que si lo mandaba la vieja”, “que si era hombre o no”, “que si mandaba” o “que su vieja era quien daba las órdenes”, etcétera. Con ese montón de ideas en su cabeza, llegó a su casa y ya se podrán imaginar, llegó bravo el hombre y la mujer no



\*Nació en General Terán (1938). Ha trabajado como empleado del gobierno Estatal, de CONAFE y del INEA. Las ocupaciones que le han dado mayores satisfacciones son la de fotógrafo, poeta, locutor, escritor y cuenta cuentos. Es autor de diversos discos y libros sobre poesía, relatos y leyendas norestenses. Es conocido como el Cuentero Mayor. Es Cronista Honorario de la Asociación Estatal de Cronistas Municipales del Estado de Nuevo León.

lo aguantó y como perro corrido con agua caliente se fue mientras él dormía. Como un ladrón salió por la madrugada con un poco de dinero que tomó del negocio y aquel hombre por más que la buscó, no supo dónde se encontraba.

Mientras tanto, el mezquite, al romperse el matrimonio, empezó a secarse. La gente notó que sus ramas formaban la cruz y no faltó ocurrente que tomara un serrucho y midiendo las ramas las cortó. La fe hizo primero que se corriera la voz de que el Supremo las mandaba de forma natural, un símbolo de adoración. Al tiempo se pudrió la base y la cimentaron con piedra y un vaciado, después un pisito, unas paredes y un techo, terminaron en capilla. Mientras crecía la fe, el negocio de aquel hombre se acababa y él se perdía como se perdía su ganado.

El 3 de mayo de cada año, se hace feria para adorar a la santa Cruz de San Rafael de los Martínez. Hay desfile con caballos y toros y entrada de cera y misa que oficia el párroco de la cabecera municipal. Pasados veinte años, entre los asistentes se distingue una pareja, bien arreglada, de ropa bien elegante; ella una dama otoñal, pero bella mujer, él un mozo bien plantado, buen tipo, elegante; llegan hasta la capilla, cumplen su manda y para entonces ya es medio día. Se acercan a la mesa de comidas y al estar comiendo ven al hombre aquel, vestido de girones, con la barba hasta al estómago y el pelo hasta la cintura, sucio, muy sucio, con la vista perdida hasta el infinito, viendo sin ver, ignorando todo lo que le rodea. La bella mujer pidió más comida y fue cuando el ermitaño aquel, desde el montón de piedra donde estaba, volteó y unos ojos reconocieron otros ojos y ambos derramaron lágrimas. Nadie había visto al loco, como le decían, ninguna expresión de sentimiento, hasta aquella vez.

Las cosas se sucedieron rápidamente, el joven al ver a su madre llorar, se enojó y dijo, que correría a golpes al sujeto aquel que la molestaba, ella lo contuvo y le dijo: tú no puedes y yo no debo permitirlo, ese hombre es tu padre. El joven en su confusión volcó su ira hacia su madre y le dijo: ¿Será posible que tú, que me enseñaste a perdonar agravios y ofensas y que me moldeaste con el principio de perdón a los demás, hallas abandonado así a mi padre? La mujer no sabía qué hacer, familiares y parientes la veían incrédulos. No esperaban verla y menos tan cambiada. Era toda una dama. El joven seguía en su reclamo:

¿Pero, madre, fue tanto el daño que te hizo este hombre que no pudiste perdonarlo? No entiendo. Y uniendo la acción a la palabra, pidió todo lo necesario a la gente para asear a aquel hombre, que asombrado, pero gustoso se dejó conducir. Más tarde, limpio y rasurado, el loco aquel, bien vestido, paseaba con su hijo y con su mujer. El muchacho gritaba: esta noche habrá boda y todos serán testigos. Así, ante lo que quedaba del aquel mezquite donde se juraron amor estaba la pareja ante un cura y una cruz, una cruz natural, renovando sus votos de amor.

Todavía el desfile lo encabezaba una pareja de ancianos, detrás de ellos, un hombre maduro, a caballo, con su esposa en ancas, acompaña al cortejo. Dos jovencitos en otra bestia pasean orgullosos de sus abuelos, quienes con su amor les dieron al ejido la Santa Cruz de San Rafael de los Martínez.



Mujer arreglando flores